

de convocar nuevamente a su lado las fortunas de los cuerpos ya idos, de los deseos y pasiones que fueron aliento cotidiano. El poeta continúa cantando al cuerpo, constante en su obra, pero el amor, el deseo y la pasión, sus encarnaciones, aparecen en *Los surcos de la sed* tildados por el drama de una certera derrota; consciente del final, implora: “devastador deseo,/ cobrizo animal de la alegría./ Si no eres alucinación/ o espejismo o quimera, óyeme/ aún: ven ahora/ y no en la hora de nuestra muerte/ —dame de beber la propia sed.” (*Última canción*). O como leemos a lo largo de *Contrapunto*, poema que finaliza a modo de sentencia: “La nieve tiene ese lado acogedor/ de farol en la oscuridad./ Antes de enterrarnos el corazón.” Así, entre el colorido imperante en las páginas del libro se desliza un perenne halo de melancolía o pesadumbre, fruto de las pérdidas y ausencias, testimonio de una sutil resignación, y que parece matizar o relativizar, y hasta contrariar, la exaltación no menos constante y presente en todo el poemario. Los contrapuntos a los que hicimos referencia parecen, pues, andar dictando pautas.

La de Eugénio de Andrade es una poesía determinada en su práctica totalidad por una gloriosa contención formal. En ella adquieren también particular protagonismo la luz y la música, dulcemente trenzadas por una rítmica que, habiendo bebido del cancionero y del romancero tradicional, emana una oralidad semejante a la de muchos poetas del 27 español y a la de autores como Camilo Pessanha, poeta que Eugénio de

Andrade considera uno de sus maestros, a la altura de Cesáreo Verde o de Pessoa, junto con otros como Homero, San Juan de la Cruz, Li Bai, Whitman, Baudelaire, Safo o Ungaretti. Clara referencia a algunos de ellos hace el poema *Todas las aguas*.

Pero además de un sin fin de emociones evocadas, *Los surcos de la sed* es un libro desde y para la memoria. Por ello, el tiempo es fundamento, y en él la herencia, la geografía, el trabajo, las pasiones recordadas: “No conozco otra gloria, otro/ paraíso: a su entrada los jacarandás están en flor, uno a cada lado.” (*A los jacarandás de Lisboa*). Paso del tiempo en manifiesta vinculación con la ya comentada consciencia que del fin tiene el poeta. Así se entrevé en *Variaciones sobre un viejo tema* o en los últimos versos del poema *Escribo*.

Eugénio de Andrade finaliza su Poética con las clarividentes palabras que siguen: “Es contra la ausencia del hombre en el hombre que la palabra del poeta de levanta, es contra esta amputación en el cuerpo vivo de la vida que el poeta se rebela (...). Fidelidad al hombre y a su lúcida esperanza de serlo enteramente; fidelidad a la tierra donde sumerge las raíces más profundas; fidelidad a la palabra que en el hombre es capaz de la verdad última de la sangre, que es también la verdad del alma”. El poeta tiene ahora a sus espaldas toda una vida. Una mirada hacia ella, convertida en una mirada hacia adentro, da lugar a este descarnado fruto maduro llamado *Los surcos de la sed*. Revisión y confesión parecen ser los pivotes sobre los que gira este gran libro.



Crónica de una fiesta inquietante

[*Sobre La fiesta de los infiernos, de Juan José Delgado*]

CECILIA DOMÍNGUEZ

Si, como dijo Claudio Magris “todo libro verdadero se mide con la demonicidad de la vida”, estamos aquí ante uno de ellos, pues, *La fiesta de los infiernos* de Juan José Delgado no sólo se mide con el lado oscuro de la existencia

sino que penetra en él, hasta el lugar donde se enquistan los deseos insatisfechos, los odios, la violencia, la impotencia del hombre.

Atrapados desde las primeras líneas por el músculo buccinador de un grotesco gerifalte,

comenzamos el descenso en una ciudad que se prepara para el Carnaval; fiesta de la trasgresión en la que las fronteras del yo se diluyen y la vida se transforma en un gran teatro sin tiempo del que todos somos obligados actores.

Pero pronto nos damos cuenta de que no estamos ante una tregua al miedo cotidiano, a la opresión de lo establecido; ni ante una celebración gozosa de los sentidos que vive y tiene sus propias reglas. Bastan unas líneas para que nuestra mirada choque con un escenario carnavalesco de alambradas de espino y campos de concentración, ofrecidos al visitante como un atractivo más de la fiesta, mientras la música de Wagner nos traslada, inevitablemente, a la memoria del terror.

La ciudad se prepara. El manicomio de la colina abre sus puertas para que salgan algunos de los redimidos por su propia locura y formen parte del delirio colectivo.

Todo se subvierte y lo absurdo ocupa el espacio de lo cotidiano. Nunca tan próximos Eros y Tánatos, razón e insania. Hemos entrado en un laberinto de espejos donde teseos, prisioneros de sus propias máscaras, no se reconocen y el engaño y el miedo se multiplican. Donde el humor de algunos momentos, lejos de servirnos de paliativo, aumenta aún más nuestra incertidumbre.

Intuimos que no hay salvación posible, pero seguimos atrapados por el lenguaje denso, envolvente y sin concesiones con el que el autor ha sabido construir un mundo en el que sus personajes se debaten entre el deseo de acercarse a lo prohibido, poniéndose un disfraz tras el que ocultan lo que son, y la necesidad de afirmar su propia identidad. Un ámbito donde los distintos niveles de realidad terminan confundándose. Y llegan a lo esperpéntico que, en este caso, no es como en los esperpentos valleinclinés, deformación de una realidad de la que se parte para huir de ella, sino irrealidad pura, que va incluso más allá de la que los personajes pretenden alcanzar. Es decir el esperpento de *La fiesta de los infiernos* no es una evasión de la realidad sino una inmersión profunda en ella.

Y todo esto con la elección acertada de un lenguaje en el que no faltan guiños literarios que van desde el jardín de Borges, en un “difícil sen-

dero de sentidos que se bifurcan”, donde los “invisibles átomos del aire” becquerianos “palpitan, se inflaman y se deshacen en rayos catódicos” y “la destrucción o el amor” de Alexandre pone punto final al devorador deseo de Claramunda, hasta el propio autor, que se guía a sí mismo en el esperanzado pensamiento del doctor Bencomo: “la tierra es madre antes que tumba”.

Mitos, duplicidades engañosas, citas y refranes, tangos y coplas, se disfrazan y conjugan en esta “fiesta de los infiernos” para ofrecernos un mundo inquietante del que ya no podemos (o no queremos), mal que nos pese, salir.

En este caos en el que se convierte la ciudad, se llega a un punto en el que la vida vale menos que esa partida de ajedrez que juega el incauto prisionero con el todopoderoso general. Partida que, de pronto, queda interrumpida, al igual que la suerte de todos los demás personajes, suspendidos al borde de lo incierto. Mientras, la “nave de los locos” zarpa del puerto sin un claro destino.

Al cerrar el libro son inevitables las preguntas. ¿Cómo acabará esa partida de ajedrez a vida o muerte? ¿Qué será de Proceloso-León que escapó colina arriba, y de Ofelia, doncella sacrificada al carnaval, o esa otra Ofelia-María, salvadora de laberintos?

Tal vez todo sea una invitación del autor a un nuevo y atrayente dédalo de espejos donde volver a sentir el escalofrío de lo oscuro mientras intentamos “tomar la delantera al sol del alba”.

Yo, de antemano, la acepto.

